

Para una mejor gobernabilidad en la diversidad

La construcción de identidades incluyentes, fluidas, dinámicas, es requisito para el ejercicio de la libertad, pues la fragmentación identitaria restringe el ámbito de decisión de los individuos y su facultad de trascender categorías impuestas.

REBECA GRYNSPAN

IDENTIDAD EN EL SIGLO XXI

Pocos conceptos han sufrido en las últimas décadas una sacudida tan dramática como el concepto de identidad —la idea de que cada uno de nosotros, y cada grupo entre nosotros, es titular de una serie de características, rasgos y atributos que lo distinguen de los demás—. El proceso de globalización en que actualmente nos encontramos inmersos ha desafiado esa construcción al permitir flujos sin precedentes entre civilizaciones, naciones y personas; un intercambio de bienes, información e ideas que alteró los contornos

e hizo porosas las fronteras entre lo que culturalmente se considera “propio” o “ajeno” (entre “nosotros” y los “otros”).

Es cierto que esta no es la primera ola de globalización que experimenta la humanidad: ya en otras ocasiones se han registrado movimientos masivos de bienes y personas a través de los espacios y las fronteras. De hecho, es una gran paradoja que existan en la actualidad más límites al flujo de personas que en ningún momento de la historia. Mientras el comercio, los servicios y las finanzas se mueven libremente de una ciudad a otra, y de un país a otro, la migración está hoy más restringida que nunca. No obstante, y a pesar de las barreras, en la actualidad una de cada siete personas en el mundo vive en un lugar distinto al lugar en que nació. De ellas, 250 millones son migrantes internacionales. Se trata de una de las grandes tendencias de nuestra era, que ha hecho virtualmente imposible concebir sociedades uniformes, sin matices, sin distintas influencias. La coexistencia en la diversidad ha sido un reto humano desde el inicio de los tiempos, pero es un reto ineludible en las sociedades modernas, en donde no podemos evadir la presencia de personas distintas a nosotros.

Desde el inicio de la Revolución Digital, algunos predijeron que la humanidad derivaría hacia un crisol de culturas (el llamado *melting pot*), donde todas las identidades se fusionarían en una mega-identidad humana, presumiblemente haciendo desaparecer grandes conflictos religiosos, raciales y culturales. Al mismo tiempo, los detractores de la globalización protestaron en contra de una percibida “pérdida de identidad”, a raíz de las influencias exógenas en las dinámicas autóctonas de grupos y pueblos. Es claro que ninguno de los dos extremos logró capturar la evolución de las últimas décadas.

Para ello, es indispensable admitir mayor complejidad en la discusión sobre la identidad. La identidad no es, ni ha sido nunca, una condición estática y monolítica, que una persona adquiere por virtud de su nacimiento y que predetermina el curso de su vida. Pensar en la identidad en términos tan absolutos

–incluso totalitarios– priva a los seres humanos de su capacidad más prodigiosa: la capacidad de tomar decisiones con base en la razón y en ejercicio de la libertad. Precisamente por ser criaturas dotadas de pensamiento y volición, las personas ocupan simultáneamente múltiples categorías identitarias y son capaces de fluir entre esas categorías e incluso escoger entre los atributos que cada una de ellas conlleva. Una misma persona puede ser mujer, afrodescendiente, cristiana, empresaria, suramericana, iberoamericana, colombiana, madre, ambientalista, feminista, sin que ninguna de esas calidades o afiliaciones la contenga por completo, o la agote en su individualidad. Somos titulares no de una única identidad, sino de identidades plurales, que coexisten, compiten y se complementan.

Este es un tema central del libro *Identidad y violencia: la ilusión del destino*, del gran economista y filósofo indio Amartya Sen, Premio Nobel de Economía. En el libro, y en otras piezas de su extensa obra intelectual, Sen aborda lo que considera la “miniaturización” de los seres humanos, en donde se promueve “la extraña suposición de que la gente puede categorizarse de manera única y según un sistema de división singular y global”¹.

Sen argumenta que, por el contrario, todos somos “diversamente diferentes” y es en esa pluralidad en donde se esconde la semilla de nuestra convivencia pacífica en sociedad: no hemos recibido una sola identidad, como una condena que prefigura nuestros actos y nos obliga a enfrentarnos a quienes son distintos a nosotros. Por el contrario, por las circunstancias de nuestra vida, y por las decisiones que libremente adoptamos, somos ricamente complejos y compartimos con los demás ciertos rasgos, al tiempo que diferimos en otros.

Esto no es un ataque a la noción de identidad ni a los múltiples beneficios que se derivan de ella. La identidad es también un elemento esencial de nuestro sentido de pertenencia, de nuestro

impulso por ser solidarios y de nuestra voluntad de forjar lazos sociales imprescindibles para el avance de la colectividad. Entre muchos otros, el académico estadounidense Robert D. Putnam ha documentado los importantes efectos del capital social en el progreso material y democrático de los pueblos². Pero, al tiempo que potencian la solidaridad intra-grupo, las identidades pueden ser usadas como armas para fomentar la animosidad y la desconfianza entre los grupos. Es ahí donde se esconde el peligro: en el tipo de pensamiento que atiza visiones maniqueas, en el que se interpreta que el mundo es una competencia entre identidades irreconciliables, intrínsecamente antagónicas y en perpetuo ejercicio de dominación. Putnam presenta así la diferencia entre forjar lazos (*bonding*) y tender puentes (*bridging*), ambas expresiones de capital social. Mientras la habilidad de forjar lazos ayuda a establecer confianza en los círculos más cercanos, la facilidad de tender puentes es la que permite avanzar hacia sociedades más inclusivas, en donde grupos distintos sean capaces de trabajar conjuntamente en pos del bien común.

La idea de una identidad única y desprovista de volición constituye un marco de referencia conceptualmente débil, pero además impone obstáculos serios a la capacidad de construir entendimientos transnacionales y transculturales, en donde los seres humanos se reconozcan como pares desde su diversidad y sean capaces de abordar en conjunto los retos de la humanidad, desde el combate a la pobreza y la exclusión, hasta el terrorismo, el calentamiento global, la migración y la lucha contra el crimen organizado. El mundo hiperconectado de nuestros días demanda acuerdos globales que deben ir más allá de nuestra tendencia a pensar y a actuar en bloques. Se requiere cohesión a lo interno de los grupos pero también puentes que trasciendan esos grupos.

¹Amartya Sen, *Identity and Violence: The Illusion of Destiny*. New York: W.W. Norton & Company, 2006.

²Ver, por ejemplo, Robert Putnam, *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*. New York: Princeton University Press, 1994; así como *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*. New York: Simon & Schuster, 2000.

IDENTIDADES INCLUYENTES

Que las visiones maniqueas son inútiles para explicar la insondable riqueza de lo humano se hace evidente en un espacio como América Latina, en donde las más variadas e intensas influencias coexisten para arrojar realidades complejas. América Latina es el producto de las distintas tradiciones originarias, aunadas al influjo europeo y africano, a la cercanía con América del Norte, a las olas de migrantes provenientes de todos los rincones del planeta y, crecientemente, al intercambio con el resto de las economías emergentes. Al mismo tiempo, sus habitantes participan de distintas identidades más allá de la etiqueta latinoamericana. Cada quien pertenece, por ejemplo, al grupo que conforma su género, su etnicidad, sus visiones políticas, sus preferencias sexuales, su formación profesional, sus gustos artísticos, ¡hasta sus aficiones deportivas! Pretender limitar a las personas a cualquiera de esas categorías, es reducirlas a una caricatura.

Por eso desde la Secretaría General Iberoamericana (Segib) hemos venido promoviendo el concepto de las “identidades incluyentes”, o una visión que, atendiendo a la complejidad de la experiencia humana, permita la construcción de categorías identitarias definidas por la aceptación, por la incorporación de elementos y claves, y no por el antagonismo o el rechazo.

¿Qué quiere decir esto? Quiere decir, por ejemplo, que se puede ser plenamente iberoamericano hablando quechua o guaraní, aun cuando otros hablen español o portugués. Se puede ser iberoamericano siendo cristiano, ateo, judío o musulmán. Se puede ser iberoamericano si se vive en el extranjero o si se tienen múltiples nacionalidades. Se puede ser iberoamericano sin soslayar los componentes que hacen de una persona *esa persona en particular*.

Lo que es más, se puede ser iberoamericano junto con otras categorías geográfico-culturales, como por ejemplo la identidad latinoamericana, andina o caribeña. El quid del asunto radica en comprender que ninguna de las categorías necesariamente debe prevalecer o desplazar a las demás. No hay que buscar la identidad

en la sumatoria de todos, sino en el reconocimiento de cada uno y el respeto a esa singularidad. Se trata, en suma, de entender que podemos seguir siendo “nosotros mismos” incluyendo a “los otros” o a “los demás”.

Esto es relevante porque muchos ven la pluralidad de América Latina como un pasivo, como el riesgo de una inevitable fragmentación. En la Segib, en cambio, hemos sido testigos de cómo la pluralidad es uno de los principales activos de la región, que le ha permitido innovar en áreas tan diversas como las artes, las letras y las políticas sociales. Sin ir más lejos, los avances que ha registrado América Latina en los últimos años en términos de inclusión social –por ejemplo en materia de igualdad de género o participación política de grupos indígenas–, parten del propio reconocimiento de la diversidad.

GOBERNABILIDAD EN LA DIVERSIDAD

Una de las principales preguntas que deben enfrentar los Estados y las sociedades modernas es, precisamente, cómo gobernar en la diversidad, cómo hacer operable un proyecto colectivo respetando las particularidades. Nuestra apuesta es entonces por la construcción de narrativas comunes crecientemente inclusivas, en donde cada vez más individuos se sientan comprendidos y representados.

¿Cómo contribuye esto a la gobernabilidad? En primera instancia, reduce el riesgo de captura del poder para promover intereses sectoriales. Si nuestros ciudadanos comprenden que pertenecen, simultáneamente, a múltiples categorías identitarias, serán menos propensos al populismo simplificador que les hace creer que cualquiera de esas categorías predomina sobre las demás. Antes bien, requerimos formar ciudadanos que comprendan que la inclusión social beneficia indirectamente a todos, aun cuando determinada política beneficie directamente a uno u otro subgrupo de la sociedad.

En segunda instancia, la construcción de identidades incluyentes entraña un cambio de paradigma a la hora de forjar alianzas y establecer puentes entre las distintas facciones de una colectividad.

Al reconocer la compleja red de afinidades y divergencias que comparten todos los individuos, se genera confianza y se facilita el diálogo social, indispensable para encontrar acuerdos que faculten la gobernabilidad y reduzcan las tensiones intergrupales.

Finalmente, la promoción de identidades incluyentes permite la incorporación de una visión integral en el diseño, adopción e implementación de políticas públicas, mejorando sustancialmente su eficiencia y eficacia. Está ampliamente demostrado que la toma de decisiones se beneficia de la variedad de opiniones y puntos de vista, y que las políticas públicas son más exitosas ahí donde permiten mayor participación. Los Estados no deben renunciar a su deber de impulsar agendas y programas, pero hacen bien en asegurarse de que esas agendas y programas consideren, representen y finalmente beneficien a la mayor cantidad de personas.

En la base de todo esto está una aspiración central de las democracias modernas: el sueño de construir Estados de cobertura universal y calidad homogénea. América Latina es la región más desigual del mundo. El Estado latinoamericano, como señalaba Guillermo O'Donnell, es “discontinuo”, esto es, presenta “huecos” en la cobertura y calidad de los servicios públicos³. Esa discontinuidad afecta desproporcionadamente a ciertos grupos a los que vulnera en el ejercicio de sus derechos. En las democracias de nueva generación, los ciudadanos tienen derecho a un Estado, pero no cualquier Estado: tienen derecho a un Estado de calidad, transparente, responsivo y atento a las necesidades de todos.

ALGUNAS CONCLUSIONES

Promover la construcción de identidades incluyentes no denota una visión simplista, frívola o ingenua de las marcadas diferencias que, desde épocas inmemoriales, han enfrentado a los seres humanos. Antes bien, presupone aceptar esas diferencias como una consecuencia inevitable de la condición humana. Decía Jorge Luis Borges

que, con el paso del tiempo, uno aspira a lograr “no la sencillez, que no es nada, sino la modesta y secreta complejidad”. Esa debería ser la ambición de las sociedades modernas: no la búsqueda de la sencillez, la uniformidad, la monotonía, sino la celebración de la complejidad como el atributo principal de la vida.

La construcción de identidades incluyentes, fluidas, dinámicas es requisito para el ejercicio de la libertad, pues la fragmentación identitaria restringe el ámbito de decisión de los individuos y su facultad de trascender categorías impuestas. Al mismo tiempo, es el ejercicio de la libertad el que permite a una persona y a un grupo de personas tender puentes entre los distintos movimientos, categorías, grupos, ideologías que conforman un colectivo social. La libertad es, entonces, requisito y consecuencia de la pluralidad.



REBECA GRYNSPAN, ECONOMISTA Y EX VICEPRESIDENTA DE COSTA RICA, ES SECRETARIA GENERAL DE LA SECRETARÍA GENERAL IBEROAMERICANA.

³Ver, por ejemplo, Guillermo O'Donnell, 'Hacia un Estado de y para la Democracia' en *Democracia/Estado/Ciudadanía: Hacia un Estado de y para la Democracia en América Latina*. Lima: PNUD-Unión Europea, 2008.